

D. Fernando fué conducido preso al castillo de Consuegra, en donde permaneció hasta que por órden de D. Juan de Austria se le embarcó para Filipinas, quitándosele todos sus títulos y honores, sin dejarle mas que su nombre.

Valenzuela no sabia la suerte que habia corrido la reina, encerrada en Toledo, ni D.^a Eujenia, presa en un convento de Talavera.

D. Fernando, con el alma despedazada, llegó á Cádiz y se preparó á embarcarse para las Filipinas.

Rodeado de soldados caminaba para el puerto, cuando una mujer alta, cubierta con un velo se acercó á él y le dijo:

—Ten valor, Valenzuela; tu enemigo morirá y tú volverás á España.

Los soldados pretendieron apoderarse de aquella mujer porque sus palabras habian sido escuchadas por todos pero fué imposible: entre el gran concurso que se habia reunido para ver embarcarse á Valenzuela, la mujer pudo huir sin dificultad.

El viento sopló favorable, las naves que partian para Veracruz tendieron sus velas, y Valenzuela dijo el último adiós, á su patria.

Un año despues se celebraban las exequias del príncipe D. Juan de Austria que habia muerto repentinamente.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO.

LIBRO III.

EL TAPADO.

I.

En que se lleva al lector á que conozca una casa en México en el barrio de Tlaltilolco, en el mes de Mayo de 1683.

ERA la noche de uno de los últimos días del mes de Mayo. Negras y tempestuosas nubes se agrupaban en el horizonte, y el cielo encapotado no mostraba ni una sola de sus estrellas.

Soplaba el ambiente húmedo como precursor de la tormenta, y los relámpagos se sucedian sin intermision, reflejándose en las tranquilas aguas de Chalco y de Texcoco.

El trueno se repetia en los montes de Rio-frio y en las cañadas del Popocatepetl, y el Iztatzihuatl, y se alejaba hasta morir en las faldas de Ajusco y de la serranía de las Cruces.

Al norte de la ciudad de México, por el antiguo barrio de Tlaltelolco, y separada de todos los demás edificios, se levantaba una pequeña casa en medio de un campo sin vegetación, sembrado de escombros y cruzado por zanjas y por canales casi secos de diversa profundidad.

Aquella casa debía haber sido en otros tiempos una gran casa, pero abandonada seguramente por sus propietarios durante muchos años, se había ido destruyendo hasta haber quedado casi inhabitable.

La mayor parte de los techos habían caído; los pavimentos estaban cubiertos de tierra en la que crecían malvas y otras yerbas silvestres; las paredes que no estaban derribadas tenían un color sepia, y cruzadas por grietas inmensas, en donde brotaba también la yerba y se albergaban las sardinas.

Aquella casa tenía dos pisos, y en el patio principal se conservaba todavía la escalera cubierta de musgo que conducía a las habitaciones superiores.

Apenas se veían batientes en algunas ventanas, y la puerta principal estaba casi tapiada con adobes, no dejando para entrar sino una especie de postigillo, que se cerraba con unos trozos de madera que eran seguramente fragmentos de las vigas de las habitaciones.

El viento, penetrando en las piezas desiertas y en los ámbitos del patio y de los corredores, producía un rumor triste y pavoroso.

Sin embargo, aquella casa estaba habitada, y en uno de los aposentos interiores brillaba una luz, que agitada constantemente por el viento, formaba una especie de relámpagos y arrojaba de cuando en cuando un vacilante resplandor sobre las ennegrecidas paredes del patio.

Aquella estancia iluminada estaba en el piso alto y al término de la escalera.

Era un aposento largo y no muy estrecho, sin artesón ninguno; las paredes sucias y en algunas partes cubiertas también de musgo, indicaban que penetraban allí la lluvia y el viento.

En medio de aquel aposento ardía una hoguera en derredor de la cual cinco ó seis hombres sentados en adobes y piedras arrancadas de la pared, más bien que conversar parecían entretenerse en contemplar la caprichosa figura de las llamas.

Aquellos hombres estaban no pobre, sino miserablemente vestidos.

Ninguno de ellos hablaba, y solo de cuando en cuando se escuchaba el golpe de una raja de leña que alguno arrojaba a la hoguera para alimentarla, ó la exclamación que alguno lanzaba cuando una bocanada de viento entrando por la ventana hacía arremolinar las llamas, y llenaba el aposento de un humo denso y sofocante, y entre el cual caminaban algunas chispas brillantes.

Así permanecieron largo tiempo, hasta que se oyó el ruido de la lluvia que comenzaba a desprenderse con grande abundancia.

El resplandor de un relámpago, seguido casi inmediatamente de un gran trueno, vino a sacarles de su meditación.

—Cerca ha caído el rayo—dijo uno de ellos con negligencia y como preocupándose muy poco de la tormenta.

—Los truenos de Mayo—contestó otro en el mismo tono: la tempestad está encima.

—Lo siento, porque quizá no pueda venir el Señorito, y

hemos perdido aquí la noche, pero el Camaleon dijo que vendría.....

—Así me lo aseguró—dijo un hombre rubio de ojos claros, cargado de hombros, y que no había hablado aún—y cuando el Señorito dice una cosa la cumple.

—Menos cuando no—dijo un negro atezado, removiendo el fuego.

—Miren con lo que sale el Pinacate—contestó el Camaleon—¿y qué cosa no te ha cumplido?

—Prometió sacarnos de pobreza—dijo el Pinacate.

—Y lo cumplirá—contestó el Camaleon.

—Sí, eso sucederá algún día, pero será cuando ya *chifle mi calavera*.

—Ya veremos, lo que es por esta noche me ha dicho que viene y vendrá.

—Santas noches, señor Camaleon y *compaña*—dijo á ese tiempo una voz dulce y melodiosa detrás de aquellos hombres.

Todos volvieron el rostro y vieron avanzar á una muchacha como de diez y seis años, pobremente vestida, sin zapatos, con un pedazo de lienzo azul por todo abrigo, y completamente empapada.

Aquella muchacha, que era casi una niña, tenía dos hermosísimos ojos pardos; su cabello castaño estaba recojido dentro de una sucia y vieja redecilla; mostraba la palidez de la miseria, y sin embargo, era lo que puede llamarse una muchacha bonita y graciosa.

—¡Ah! ¡la Apipizca!—esclamó el Camaleon.

—La misma, buen mozo, y vengo mojada hasta los huesos

—Tú tienes la culpa por haber venido tan tarde—dijo el Pinacate—no te hubiera caído el agua.

—Cierto que no, porque no debía yo haber emprendido la marcha mirando que venia la tempestad, pero esta maldita costumbre de buscar á los amigos, y que mi madre se durmió tarde.

—¿Ya se durmió?

—Sí, la dije que venia á veros, y me contestó: “hasta que yo me duerma, que no me agrada estar sola;” la compré su aguardiente, y á poco se durmió.

—Vaya en paz, ¡ojalá y no despierte nunca!—dijo el Camaleon.

—Deslenguado, calla, que es mi madre—contestó la muchacha dando graciosamente un golpe con su manita en la boca de aquel hombre.

—Vamos siéntate cerca de las llamas para secarte.

—Yo aquí—dijo la muchacha, y se sentó al lado del Camaleon.

—Vamos, ya estoy aquí: ¿y para qué me quereis? á ver.

—Para esto—dijo uno de aquellos hombres haciéndola una caricia tan pesada que la hizo gritar.

—¡Oh! no hay que ser tan pesados, porque me incomodo.

—Para *gustar* contigo, para que nos distraigas y nos cantes—dijo el Camaleon ¿trajiste tu vihuela?

—¿Vihuela? bonita está; empeñóla mi madre ayer para comprar pulque.

—¡Vieja maldita! esclamó el Pinacate.

—Cállate, negro feo—dijo la muchacha—siempre vosotros hablando mal de mi madre detrás de ella, pero apenas la miran, la tienen mas miedo que al diablo.

—Porque es bruja.

—¿Bruja? porque sabe dar unas cortadas que no se borran nunca, si no que lo diga el Cupido, que un día porque

me quiso llevar á fuerza le hizo mi madre dos caras del primer viaje.

—Es verdad—contestó un hombre que mostraba una horrible cicatriz que le atrevesaba toda la cara—*esa me debe la vieja.*

—Pues cobrásela, y te la pagaré yo—dijo la muchacha tendiéndole la mano como para recibir un golpe.

—Pues tú así me pagas—contestó el Cupido tomando aquella mano y mordiéndola suavemente.

En este momento se oyeron los pasos de un hombre que subía la escalera.

—El Señorito—dijo Camaleon.

Todos se levantaron y penetró á la estancia un hombre sacudiendo violentamente su sombrero.

El recién venido era un jóven como de veinticinco años, moreno, de grandes ojos negros, bigote corto y atusado, labios delgados, y dientes blancos, pero que por la configuración de la boca siempre se descubrían aunque el individuo no se sonriese.

Vestia de negro según la costumbre de aquellos tiempos, y ostentaba en el talabarte espada, daga y pistola.

—¡Maldita noche!—dijo—negra como el alma de Satanás: á ver, Pinacate, un asiento cómodo de cerca de la lumbre:

El Pinacate obedeció sin replicar.

—Vamos, Camaleon, sacude mi ferreruelo y mi sombrero.

El Camaleon recibió el sombrero y el ferreruelo.

El jóven se sentó cerca de la lumbre, y descubriendo entonces á la muchacha, exclamó:

—¡Ah! ¿tú también aquí, buena moza? ven á sentarte aquí conmigo; ya estás perdida, pero no le hace; siéntate

aquí, te haremos cariños, no se me olvida nunca que fuiste mi amorcito.

La muchacha con gran desparpajo tomó asiento junto al Señorito, el jóven la pasó el brazo al derredor del cuello la hizo una caricia, y luego dirigiéndose á los demás, les dijo:

—¡Ea! á sus lugares, y hablemos.

Todos volvieron á sentarse al derredor de la hoguera pendientes del jóven que se entretenía en acariciar á la Apipizca.

La muchacha recibía aquellas caricias con una desenvoltura repugnante.